

específico, todos los trámites y requisitos necesarios para obtener los distintos títulos y grados académicos en Medicina (desde tener aprobado el examen de latinidad para ingresar en la Universidad, hasta todo el complejo mundo de las ceremonias que rodean la obtención de grado de doctor, pasando por el ingreso en Artes, las matrículas en los distintos cursos de Medicina, la justificación de las prácticas médicas realizadas, el examen de bachiller, de licenciado o de doctor), todo ello en el marco de las Constituciones de la Universidad y, en ocasiones, en medio de polémicas con la Corte y otras Universidades, caso de Valladolid.

La segunda parte comprende el índice de los escolares médicos (3.457 en total), en el cual, además, de nombre y apellidos, se hace constar el lugar de origen y las distintas circunstancias académicas personales, cuando procede, es decir, fecha de su bachillerato en Artes, matrícula en Medicina, cursos aprobados en Medicina y en qué año, bachillerato, año y padrino, consecución del grado de doctor; en cada uno de estos pasos anota el libro de registro en que aparece consignado.

Además de este índice, incluye una relación alfabética, con continuas anotaciones del número de orden asignado en el índice anterior, de los nombres tratados y un repertorio toponímico de los lugares de origen de los escolares, cada uno de los cuales acompañado de los consiguientes números de orden.

Concluye con un reparto cronológico de los matriculados que detalla el número correspondiente a cada grado académico y una tabla de las fuentes.

MARÍA JESÚS PÉREZ IBÁÑEZ

MARÍA DEL PILAR MARTÍNEZ LASSO, *Los estudios helénicos en la Universidad española, 1900-1936*, Universidad Complutense de Madrid 1988, XIV y 922 páginas.

Esta obra, reproducción facsímil de la tesis doctoral leída por la autora en 1987, incluida en la colección de Tesis Doctorales que edita la Universidad Complutense de Madrid, ofrece una interesante y detallada exposición sobre la situación de los estudios del griego en la Universidad española en el período al que se refiere el título. El límite de 1936 viene dado por la necesidad de abarcar un período desde una misma perspectiva, justifica la autora, la cual se pierde ya tras la contienda civil. Se aduce, además, el hecho de que toda una generación de catedráticos de griego desaparece al finalizar el enfrentamiento. El punto de partida de 1900 es principalmente simbólico, como se indica al comienzo, ya que inevitablemente es necesario tener en cuenta los precedentes decimonónicos, máxime ante la realidad de que la mayor parte del profesorado perteneció a ambos siglos.

No cabe duda de que para la realización de este trabajo no se han escatimado esfuerzos. La amplia, variada y novedosa documentación utilizada ha sido minuciosamente estudiada, con lo que la exposición e interpretación de los datos se ofrece de forma tan clara y precisa que la lectura del libro se hace muy atractiva.

La situación del griego en los planes de estudio es el primer aspecto analizado, para ello en el primer capítulo se pasa revista a todos los planes, estudiando por separado los de ambos siglos. Que las diversas e inestables circunstancias políticas e ideológicas se reflejaron rápidamente en los planes educativos, como se advierte al comienzo, se comprueba enseguida. A partir de 1845, momento en que queda fijada la enseñanza del griego en las Facultades de Filosofía, Teología, Jurisprudencia y Medicina, la suerte del griego alcanza su mejor momento con la Ley de Instrucción Pública de Moyano en 1857, en que se establecen como obligatorios los estudios helénicos desde la segunda enseñanza. A partir de aquí, y tras una segunda reforma que suprimió el griego en el bachillerato, su situación no se verá mejorada.

Por lo que respecta al siglo XX, recoge la abundancia de decretos, órdenes y disposiciones que como uso heredado de la pasada centuria se acostumbra a publicar. Esto está en la línea de la corriente europea que penetra en España sobre el interés por las cuestiones educativas. Ni el plan de 1900 ni el de 1913 favorecieron los estudios helénicos. Pero a partir de 1927, con la creación de los institutos de idiomas, comienza en España el renacimiento de los estudios clásicos, sobre todo helénicos.

La panorámica exhaustiva ofrecida en este primer capítulo queda esquematizada en clarísimas conclusiones. Así, ante la pregunta que la autora se hace de qué pudo influir en esta prosperidad en unos momentos de tecnicismo y de circunstancias político-económicas difíciles, expone razones tales como el impulso por promover estos estudios heredado del XIX y nunca satisfecho, las continuas denuncias del profesorado de la materia, la acertada visión de algunos ministros, el favor de personas prestigiosas e influyentes, el estímulo de organizaciones para-universitarias como la Fundación Bernat Metge y el Centro de Estudios Históricos. Todo ello en un ambiente de mayor aperturismo a Europa, de donde procedían corrientes que servirán de beneficioso modelo.

El paso siguiente es analizar con detalle la situación de las cátedras de griego de la Universidad española, deteniéndose, uno a uno, en los cuatro focos (Madrid, Barcelona, Salamanca y Granada) a los que habían quedado reducidos los estudios de griego en la sección de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, tras la reforma de 1900. A ello dedica todo el capítulo segundo, donde, en sentido general, alude a la problemática económica, que fue uno de los condicionantes mayores de la suerte de las cátedras. Hace el balance de cada una de ellas después de describir su situación y sus características: la cátedra de Madrid y Barcelona, como era de esperar, mantuvieron una ocupación estable y sus profesores fueron de una alta cualificación. De ambas casi exclusivamente salieron los catedráticos. La Universidad de Salamanca sufrió un retraso en la dotación de

las cátedras por penuria económica. Ninguno de sus catedráticos estables (como Unamuno o Esperabé) se habían formado en la propia Universidad, síntoma éste de la mediocre situación. Para la cátedra de Granada el obstáculo fue que no se consideró destino definitivo por sus titulares. No obstante, para la autora, no fue ésta una Universidad mediocre. Las circunstancias le impidieron haber llegado más lejos.

Los currícula de los catedráticos del período objeto de estudio se analizan también uno por uno. A lo largo del tercer capítulo recorre universidad por universidad la vida académico-profesional de cada titular de la cátedra de griego. En las conclusiones sobre este tema se desprende que la mayor parte se han formado en Madrid o Barcelona, son alumnos destacados, muchas veces con carreras simultáneas y con dominio de idiomas, cuyas tesis pocas veces se centran en el tema clásico. Un síntoma de la deficiencia en el terreno de la investigación es que apenas tienen en sus currícula materia de este tipo.

Con relación al mundo de las cátedras, otro aspecto se analiza a fondo en el capítulo quinto: el procedimiento de acceso a las plazas, en el que se pasa revista al tipo de opositores, deteniéndose en casos concretos y anecdóticos, como el enfrentamiento entre Alemany y Ganivet para la cátedra de Granada. Se estudia todo lo relativo a los tribunales, subrayando la importancia de la cuestión económica en la remuneración de sus miembros y el papel jugado por el omnipotente organismo del Consejo de Instrucción Pública. Sobre los ejercicios, se valora la frecuencia en relación con el momento político y se analiza la naturaleza de los cuatro de que constaron las cinco oposiciones sobre la base de cuyos expedientes se hace el estudio, y, para mayor ilustración del tema, se incluyen en el apéndice del libro reproducciones de manuscritos de ejercicios de oposición.

Sin salir de la perspectiva de las cátedras de griego, pero haciendo un estudio particular de este caso, el capítulo cuarto está dedicado a la figura de Unamuno por su importante proyección en la vida intelectual española. Se trata, pues, de dar una visión completa del personaje para explicar el papel jugado en los estudios helénicos en la Universidad española, y para ello se enfoca desde tres puntos de vista: su historial administrativo, académico y profesional desde su infancia, dando los toques precisos a su biografía, hasta los últimos años; su pensamiento en materia educativa y su dimensión como docente de griego. El aspecto esencial para el tema tratado, la postura de Unamuno ante los estudios helénicos, cuestión contradictoria, como declara la autora, encuentra clara respuesta desde la completa perspectiva que se obtiene del personaje: dada la situación de analfabetismo dominante en la sociedad española, la promoción de la cultura clásica era una tarea inútil y lujosa.

La referencia al nivel de la enseñanza del griego en este período se hace en profundidad a lo largo del capítulo sexto, donde, partiendo de la importancia que tuvieron los estudios de Lingüística Comparada e Indo-europeo, ahonda en el tema a través de memorias y programas de cátedra, testimonios de alumnos o actas de claustro. En cuanto a los libros utilizados en la docencia del griego,

recoge todas las gramáticas de publicación española que pudieron manejarse, haciendo con ello una aportación novedosa. Sobre los textos se pone de manifiesto la situación de dependencia de ediciones de clásicos griegos extranjeras.

Los dos últimos capítulos están destinados a dos organismos de honda repercusión en la marcha de los estudios helénicos. En el capítulo séptimo se profundiza en todos los aspectos relacionados con el origen, organización y significación del Centro de Estudios Históricos, hecho realidad en 1910, y el nacimiento a partir de él de la Sección de Filología Española en 1933 ante la necesidad que la Sección de Filología Española tenía de dar buena base a sus estudios.

En terreno catalán, como consecuencia de la fuerte conciencia cultural y lingüística que se fue fraguando desde la Renaixença e impulsada por el clímax (¡mejor que «punto álgido», p. 724!) al que había llegado el enfrentamiento entre la burguesía y proletariado, surge la Fundación Bernat Metge. A este organismo, encargado de traducir a los clásicos dedica con amplitud y detalle el último capítulo.

Al terminar su lectura, el interés que al principio sugería el tema del libro se ve reforzado. La completa y profunda visión que se obtiene ante el enfoque hecho desde tan diversas perspectivas, ofrece una extensa panorámica sobre la situación de los estudios helénicos y aun de las humanidades clásicas en nuestra Universidad. El sentimiento de esperanza que se desprende al final para el lector, sobre todo si está relacionado con la Filología helénica, viene dado por la propia evolución de los acontecimientos: frente a la deprimente situación del griego en la enseñanza de principios de siglo, a partir de 1927 comienza el renacimiento de los estudios helénicos en España.

MARÍA DEL HENAR ZAMORA SALAMANCA

#### INFORMACIÓN

##### *II Colloque International «Oracles et Mantique en Grèce Ancienne».*

Organizado por el Centre d'Étude de la Religion Grecque Antique (CERGA), con sede en Atenas, y dirigido por el profesor A. Motte, se ha celebrado este Coloquio entre los días 16 y 18 de marzo en la ciudad de Lieja.

Con la asistencia de participantes de 10 países europeos y norteamericanos se han presentado 35 comunicaciones, que han abordado el problema de los oráculos griegos desde el punto de vista literario, filosófico, histórico, arqueológico, religioso, etc. La presentación corrió a cargo del presidente del CERGA, E. Moutsopoulos, y las diversas comunicaciones se agruparon en los siguientes temas generales: *Oráculos y mántica en la historia*, *Explotaciones literarias y filológicas de los temas oraculares*, *Supervivencia de los temas oraculares y Reli-*